

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



ANUARIO 33

LA PAZ - 2024

ANUARIO

33

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

2024

ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA
Correspondiente de la Real Española
Volumen 33-2024

Coordinador del Anuario

Hugo César Boero Kavlin

Edición y revisión

Hugo César Boero Kavlin

Juan Carlos Salazar del Barrio

Diseño de tapa

Alvaro Velasco Delgadillo

Marco Alberto Guerra Medrano

Diagramación

Marco Alberto Guerra Medrano

Carlos Alberto Vidaurre Cardozo

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Academia Española
c/o Universidad de Aquino – Bolivia.
c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.
Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381
Correo electrónico: aboldelalengua@gmail.com
Página web: www.academiadelalengua-bo.org
La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4-1-2803-2025

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2024

Índice

	Pág.
Presentación	xiii
Discursos de ingreso	
Periodismo y literatura, orillas de un mismo río Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	3
Respuesta al discurso de ingreso de Juan Carlos Salazar del Barrio <i>Mariano Baptista Gumucio</i>	43
Glosa a un poema de Rubén Vargas Portugal Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua <i>Benjamín Chávez Camacho</i>	51
Respuesta al discurso de ingreso de Benjamín Chávez Camacho <i>Diego Valverde Villena</i>	69
Evocación de nuestros académicos	
Luis Ramiro Beltrán, el adelantado <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	77
Raúl Rivadeneira Prada, pionero en el estudio de la comunicación social <i>Juan Carlos Salazar del Barrio</i>	83

Contribuciones al número

Ensayos y Estudios

El fetichismo del apóstrofo: primeras reflexiones hacia una grafémica del español de Bolivia <i>Bruce Aramayo Vallejos</i>	91
La conjunción coordinante «o» en contexto de atenuación e intensificación. Casos en discursos públicos de la pandemia en Argentina <i>Claudia Borzi</i>	109
Orden, estructura y sentido textual <i>Juan Marcelo Columba Fernández</i>	131
Guillermo Francovich: metahistoria, drama histórico y ensayo filosófico <i>Óscar Rivera-Rodas</i>	137
Anticipación elegíaca, fortuna e imperio en <i>La Araucana</i> de Alonso de Ercilla <i>Eduardo Hopkins Rodríguez</i>	173
La presencia de don Quijote en la poesía boliviana contemporánea: un breve panorama <i>Carlos Mata Induráin</i>	219
Miedo, nostalgia y poder en la narrativa de Leonardo Padura <i>Ana María González Mafud y Carlos F. Martí Brenes</i>	241

La cultura Suhrkamp y sus curiosas derivaciones	253
<i>H. C. F. Mansilla</i>	
.....	

Los Balcanes en agraz y la primera Guerra Mundial	265
<i>Jorge V. Ordenes-Lavadenz</i>	
.....	

Literatura

Canciones de guerra	269
<i>Guillermo Ruiz Plaza</i>	
.....	

Exploraciones del yo (selección)	275
<i>Nicolas Ewel Claros</i>	
.....	

Noche Santa	293
<i>Juan Javier del Granado</i>	
.....	

Poemas escogidos	295
<i>María Cristina Botelho Mauri</i>	
.....	

Narrativa breve (Selección de <i>Los árboles de hielo</i>)	305
<i>María Cristina Botelho Mauri</i>	
.....	

Reseñas bibliográficas

Hang Kang; <i>La vegetariana</i>	317
<i>María Cristina Botelho Mauri</i>	
.....	

Actividades de los académicos de número

Actividades de los Académicos de Número De marzo de 2024 a marzo de 2025	321
---	-----

Memoria institucional

La Academia Boliviana de la Lengua en el año 2024	333
---	-----

Proyectos editoriales contemporáneos en Bolivia Discurso pronunciado en el día del idioma español <i>Juan Marcelo Columba Fernández</i>	337
---	-----

Entrega de tablilla de reconocimiento a la Dra. Ximena Soruco Sologuren por su obra de edición e investigación crítica <i>Carlos Medinaceli,</i> <i>Ensayos Reunidos (1915-1930)</i> <i>Tatiana Alvarado Teodorika, Alba María Paz Soldán Unzueta</i> <i>y Hugo César Boero Kavlin</i>	343
--	-----

Narrativa breve

Selección de *Los árboles de hielo*

| María Cristina Botelho Mauri

Hechizo de la mina

Vacilaba: un estremecimiento me anunciaba la presencia de un ser desconocido: un presagio. Advertí que algo estaba pronto a suceder. Me pareció ver la sombra de un pájaro gigante; como si estuviese siguiendo mis pasos. Mejor no le doy importancia. Estoy muy cansado, no es el agotamiento acostumbrado. Trabajé demasiado, pero esto, es otra cosa.

Luego del rito, bebimos, nos embriagamos para mitigar el frío. Ahora, felizmente, llevo en mi *ch'uspa*, la hierba sanadora: la ancestral hoja de coca.

Debo caminar muchas leguas: ningún transporte quiere llevarme hasta la puerta de mi casa. El aire altiplánico es muy frígido, a la medianoche, es seco y hasta curte la piel.

¡Ay, no! ¡Creo que me va a dar diarrea! Horribles retortijones contraen mi estómago, el sudor me agobia. ¡Pucha, ahora tengo ganas de vomitar! Una náusea como un enemigo interno me está acompañando en esta caminata. Cualquier rato puedo quedarme tendido en el piso. Y todavía me falta mucho para llegar a mi casa.

Mi choza es humilde, de adobe y techo de paja, consta de una sola habitación y un diminuto cuarto de baño. Solamente una lámpara le da cierto aire de distinción. ¡Me siento derrotado! Los sueños quedaron escondidos en mi memoria.

Mi cuerpo se va convirtiendo en una pesada carga: mi mente confusa y mis ideas apenas puedo concebirlas. Llevo una cabeza pegada a mi esqueleto; no significa nada. Huelo el aire como un azote en mi rostro. Ni la luna me acompaña.

Y sigue la noche con su maldito manto, calando mis huesos, uno por uno. Debo controlar todos mis sentidos para no caerme. Aún falta caminar, creo que mis pies tienen que ir más deprisa. ¡No puedo demorar más, me estoy muriendo! Me persiguen sombras: el pájaro gigante, la náusea, el vómito, la mina, el tío, el sopor y la sangre venenosa...

¡Ni sé cuánto tiempo estuve en estos parajes desolados! Huyendo de un miedo inexplicable. Apenas puedo seguir a mi instinto. Mis ojos se van cerrando. De mi garganta sale un vapor como si fuese una tetera en ebullición. Me quemo por dentro, a pesar del contraste gélido de mi alrededor.

Arrastrando mi cuerpo voy llegando. Sigue oscuro y tenebroso. Debo abrir el cerrojo de mi puerta; antes era muy fácil. Tengo las manos y los pies entumecidos, un hormigueo atraviesa por mi cuerpo. Con la ayuda de Dios puedo incorporarme, estoy temblando. ¡No tengo fuerzas! Vuelvo a desplomarme en esta lucha de ponerme de pie. Tal vez descanso un rato en el portal y con la llegada del sol, las cosas se irán aclarando. No voy a esforzarme más, he llegado. Vencí el primer escalón de esta misteriosa travesía. Ni siquiera mi teléfono tiene batería, no puedo pedir ayuda.

No voy a llorar, de ninguna manera. ¡Voy a salir de ésta!

Mi casa es solitaria, igual que yo. Como un milagro, de vez en cuando pasa alguien, debo confiar y esperar... El vómito se siente en toda mi piel despojada de dignidad. El vértigo me sigue como una campana que va anunciando que mis fuerzas merman mis capacidades. No fui feliz, pero era dueño de mí mismo.

Por la luz del sol calculo que son las diez de la mañana, las hojas de coca van adormeciendo mis entrañas, voy a dormir, el frío ha mermado y mi cuerpo, aunque no existe, necesita una dosis de sueño reparador. Voy a cerrar los ojos y veremos qué pasa.

El ladrido de un perro callejero me da esperanzas, debe tener a su dueño muy cerca.

Como una benevolencia del cielo alguien viene hacia mí: es una mujer muy joven, viste una pollera de colores y lleva una manta bordada, me recuerda a la que

usaba mi madre. Me acaricia la cara. Sus manos son suaves como la ternura de la llovizna. La miro, me mira. No puedo hablar. Este silencio me abrumba, ella entiende... Me ayuda a ponerme de pie, lo hago con mucha dificultad. Camino el pequeño trecho que falta, las rodillas flaquean como si fueran a partirse. Ella abre la puerta.

Finalmente he llegado: mi camastro, un velador y un candelabro antiguo, y desde el techo, aquella lámpara que me hacía imaginar cosas extraordinarias; como el poder de la riqueza.

Con la ayuda de esta prodigiosa joven, voy a recostarme.

Mi cuerpo vencido cae sobre las colchas con olor a descuido. ¿Estiro o encojo mis piernas? Quieren volar, parece. Ella me sigue mirando con esos ojos almendrados del color de la chancaca. Llega una energía inexplicable: debe ser ella, su luminosidad, su juventud, su firmeza. Por la ventana una luz redonda me ilumina, mi cama gira, un sordo silencio se desprende desde cada esquina. Ella no se mueve, lo examina todo, pero no me dice nada. Toma su teléfono y llama a primeros auxilios, pide una ambulancia. Me toca la frente, va a buscar un pañuelo para humedecerlo en agua fría, lo coloca sobre mi cabeza, parece que mi temperatura no es normal. Roza suavemente sus manos por mi espalda, con un gesto me anima y sonrío, la entiendo. Va a regresar... No. Solamente supongo.

Su perro la está llamando, ella se va en su bicicleta. Estoy bloqueado; no le agradezco, tampoco puedo levantar el brazo. Estoy muriendo.

El sueño de toda mi vida se hace presente: ser alcalde de mi pueblo. Era una locura al principio, pero se convirtió en obsesión. La felicidad completa era verme rodeado de hijos y mis respetuosos cabellos encanecidos. ¡Qué absurdo! Treinta años había alimentado esa esperanza.

La felicidad era una posibilidad, imaginaba que me llevaría hacia una ficción indescriptible. Creía que el gozo pleno lo iba a conseguir con perseverancia. Tuve momentos de dicha efímera. ¿Para qué seguí buscando aquel sueño?

Cada vez, un micrófono incrustado repite mis cavilaciones, recuerdos y frustraciones.

Finalmente podría conocer la verdad suprema, sabría si ocupé un lugar en el cosmos y lo que le circunda; o si este tránsito fue una mentira, si mi cuerpo perteneció a otra persona que vivió antes que yo naciera...

Y la grabadora sigue trayéndome recuerdos de mi vida pasada. En la infancia acompañaba a mi madre eligiendo colores para los tejidos de sus aguayos. Ella, con esa altiva y profunda mirada, acunaba mis ideas, luego me abrazaba y seguíamos el sendero de regreso a casa. La adolescencia: pasó como un bólido, yo miraba el tren pasar, nunca pude abordarlo. Y mi padre, desde una fotografía, me ordenaba lo que debía hacer; porque su actitud era adusta y severa. Si hubiera estado vivo, me castigaría por quejarme de nuestra pobreza.

¿Acaso mi memoria tendría que guardar las grandes y las pequeñas cosas? En esta circunstancia mi cerebro está hueco: es un hoyo profundo. Hay oscuridad y una luz intermitente a punto de cesar definitivamente.

¿Qué hice para merecer la inexistencia? Fui invisible. Me pasé la vida en la mina, esperando el estruendo de la dinamita; obedientemente. Ganaba un salario paupérrimo.

Ahora aparece lo que llaman conciencia, es una voz temblorosa, tengo miedo... Durante años ocupé esta vivienda, sin poder compartir ni una taza de café con nadie. Las paredes se reían de mi soledad, de mi fracaso, de mi locura. Me hubiese gustado sentir la compañía de esas reflexiones que parecen venidas de un sabio *yatiri*.

Ojalá que la joven piadosa regrese...

¡No hice absolutamente nada, para lograr lo que quería! Me conformaba con ser el capataz de la mina y me gané esa labor a pulso, pero debí ser más ambicioso. No tengo nada qué preguntarme, ni me interesa la respuesta. ¡No sé por qué puta mierda, estoy tendido en esta cama sin poder levantarme!

Parece una broma pesada: no debí probar el brebaje que prepararon en la mina, contenía sangre tibia, la habían sacado del sacrificio que hicieron a un cordero.

No fue la primera vez, pero ahora tengo alucinaciones. El Tío se enoja y mal-dice...

En el lapso de veinticuatro horas vi la crueldad del demonio y la bondad de un ángel. ¡Qué vena la fuerza y la energía de la tierra!

¡Quiero escapar, siento que me voy hundiendo! Me vuelvo a sujetar a la cama, escucho carcajadas, salen de las cuatro paredes de la habitación, retumban en el techo. Veo esa lámpara, me la robé de una de las iglesias del altiplano, le da distinción a mi cuarto.

No tuve visitas nunca. Me hubiese gustado amar a una mujer que estuviera decidida a soportarme por el resto de la vida; no hubo tiempo ni ganas y la soledad fue mi eterna compañera. Ofrecieron mejorar mi salario, mas nunca sucedió. No hay reproches: la sumisión ha sido mi perdición, el conformismo, el tedio y mi autoestima.

¡Tengo que salir de esta cama giratoria! ¡Son tantas las vueltas que parece un carrusel! En este laberíntico vértigo estoy luchando por zafarme de este cuerpo que ya no tiene voluntad, tampoco hay dolor. Mi piel arde como si estuviese echado sobre brasas ardientes; luego se va al otro extremo. Vuelve a soplar un viento extraño y el frío me penetra sin piedad. Estos cambios van dañando mis sentidos y mis huesos, lo que va quedando de mí, de mis órganos vitales. Desde abajo puedo sentir la luz de la lámpara, me vuelvo a estremecer esta vez de gozo; muy raro que en estas condiciones me sienta casi feliz. Parece una estupidez, pero es cierto, tengo deseos de llorar y de reír. Es algo muy extraño: se va relajando el sistema nervioso, los cartilagos, como tornillos oxidados, no dan señales de vida; los músculos que aportaron con mi esfuerzo para que los dueños de la mina se volvieran millonarios, tampoco significan nada. ¿De qué estuve vestido durante todo este tiempo? Pues la respuesta no existe, como yo no he existido.

Fui un simulacro: el retrato de alguien que vivió en el pasado, con aquella estupidez de la resignación, ¡por supuesto que fui eso para ellos!

¡Tienen paciencia los muertos y siguen bien muertos! Es insoportable mirarse desde tan cerca y sentir que esta piel se va extinguiendo. Siento como si me

hubiesen echado un insecticida que quisiera dar fin con una plaga que carcomió mis entrañas...

Nada me impedirá que sea el siguiente ojo que atisbe desde lejos. Solo ha quedado mi disfraz de diablo de cuando bailaba en el carnaval de Oruro.

La pequeñez se apoderó de mí. Podré ingresar a cualquier parte sin que nadie se entere: disfrutaré, seré el tiempo, la mirada y el latigazo de la mina.

Una sirena de auxilio retumba en la calle perdida en toda su miseria.

Muy tarde para consolar al moribundo.

Árbol de la eternidad

«No sé exactamente en qué momento perdí mi rumbo».

En medio de un camino estrecho y sin final, ni horizonte: un árbol solitario, muy alto y frondoso, mostraba sus hojas anchas y jaspeadas; como un cuaderno de memorias otoñales. Un cielo inalcanzable; como un hueco profundo se perdía detrás de la nada. Estremecida: me hallaba en un bazar conformado por frases y poemas. Las letras ascendían como si se tratase de hojas arrancadas por el viento y se iban acomodando para convertirse en un librero infinito.

Empecé a indagar sobre el contenido de aquellos textos: devotamente me acerqué y me arrodillé: eran demasiados títulos de libros y nombres de legendarios autores.

Imaginé las bibliotecas paradisiacas que encontré en mis lecturas de Borges. Ese laberinto existía y era real. Los seres imaginarios creados durante siglos en las mitologías estaban representados en el árbol que estuve observando. Me sentí avergonzada por mi atrevimiento. Retrocedí un poco para concentrarme: empecé a deletrear alfabetos desconocidos y mis manos sujetaban un inmenso bolígrafo: escribían arduamente como si el tiempo quisiera escaparse y las ideas fuesen a evaporarse.

Las hojas escritas se iban guardando y quedaban escondidas como un libro cerrado. No me enteré lo que mi pensamiento había plasmado en aquellas hojas de la ciudad eterna. Quedé pensativa sin entender la actitud egoísta del árbol. Sonreí porque pensé que mi escritura sería leída dentro de algunos siglos. «Recordé a Dante y atravesé otras eternidades, luces y oscuridades, antes de llegar al último escalón».

El árbol erguido, en una pose de soldado custodio dejaba reposar su tronco vistoso. Sus ojos inmensos eran linternas que señalaban el camino. Me hubiese gustado preguntarle muchas cosas: quedé desconcertada. Comprendí que debía seguir, si me detenía quedaría convertida en una sombra más, sin haber dejado una huella que pudiera identificarme. Necesito saber: ¿qué destino me trajo hasta aquí? ¿Por qué debo peregrinar sin encontrar una respuesta?

Por lo que recuerdo de aquella visión, mucha gente quedó atrapada desde tiempo inmemorial. Petrarca y sus sonetos. Garcilaso el poeta del siglo de oro y el Inca Garcilaso sobrino-nieto de éste, también escritor, de sangre mestiza, defensor de la historia escrita por los incas.

Me llamó la atención las siluetas del Quijote y de Sancho adheridas a la copa más alta del árbol. Y un Cervantes escribiendo otras historias de caballeros y damas navegando en barcos de papel, describiendo el universo como una locura descabellada. Lope de Vega componiendo sonetos y descomponiendo al Hidalgo de la Mancha.

Seguí caminando por el sendero estrecho: me dejaba llevar al lugar de los sueños inocentes; de aquellos que siempre acaban bien. Con mucha valentía me introduje en una especie de cueva: sobrevolaron sobre mi cabeza pájaros con alas de color azul intenso, de ellos recibí claridad y sabiduría; en bandada dirigían mis pasos, les seguía y suspiraba como un alivio; a pesar del eco que se escuchaba desde la cueva, como un pedido de auxilio. Quise regresar al sentir un gemido largo; llanto contenido. Lo pensé, los pájaros de tonos azulinos no me dejaron, comprendí que no era absolutamente libre por esos parajes.

Entonces, apresuré mi paso: un colibrí se posó en mi hombro, me hablaba en una lengua dulce, tal vez era el guaraní que aprendí en mi primera infancia. Mis oídos

complacidos escuchaban, pero no entendían el significado. Esperé otra señal que me aclarara lo que debía hacer. El colibrí levantó el vuelo y en unos segundos desapareció. La intuición me hizo pensar que debería alejarme de allí: mis pies dejaban sus huellas: pisaba la hierba seca, la estrechez del sendero no permitía detenerme. Habré caminado kilómetros y más kilómetros, no lo sé. Sentí inmensos deseos de continuar: era una aventura solitaria, en un espacio diferente. Un desafío del tiempo y el espacio.

Percibí la imagen de un gigante aparapita y Jaime Saenz con su abrigo largo y sus anteojos, pálido como el sebo de una vela, semblante de vate somnoliento. Tufo de alcohol y grandeza, hálito de poeta nocturnal y taciturno. Me estremecí: estaba habitando en la eternidad de los grandes...

Empecé a percibir el cambio de cielo, la luz bajaba y me iluminaba. Una señal como una estrella daba claras muestras de que el viaje emprendido en algún momento terminaría. Encontrarme y volver a ser la que fui, era el desafío. Tantos nombres, lecturas y vigiliass posibilitaron que aquel viaje fuera placentero. Así fue: recuperaba mi libertad, mis brazos se habían convertido en momentáneas alas azules. Podía volar...

Una hilera de árboles verdes como un dibujo a pastel se presentaba debajo de mí, ya no me sentía sola, los troncos empezaron a contonearse y danzaban el vals «Danubio azul». Como novias, vestidas de encajes y bordados jugueteaban pres-tándose un siglo que nunca se fue... Siglo de abanicos, rapé y miriñaque.

Seguí volando por encima de árboles y montañas, muy abajo los ríos corrían salvajes, el Choqueyapu y el Orcojahuirá, con aquella violencia como los guerreros sin doblegarse nunca. En esa ferocidad capaces de tragarse el mundo. La opacidad de sus aguas producía un temor inexplicable. Aquellas aguas turbias trepando los puentes de la muerte.

Tuve mucha sed, intenté aterrizar para poder beber, mis alas quedaron enredadas en unos alambres de energía eléctrica.

Caí sobre espumosas aguas. A pesar de la sed, me dio aprensión beber. Intenté reconocer mi rostro en el reflejo del agua; no fue posible... mis ojos seguían

mirando desde un lugar desconocido. Desde el fondo de aquellas aguas espesas y marrones, se escuchaba un sonido extraño como si hubiese gente conversando; palabras ininteligibles. El murmullo continuaba sin parar. Tuve miedo: creí que había regresado a mi ciudad, a mi tiempo. Me aparté de aquella visión: una fuerza superior arrastraba mi cuerpo sin voluntad.

Sin embargo: distinguí el aroma de los bosques de una infancia feliz, siglo veinte. Las retamas amarillas; sanadoras del mal de amores. Los pinos: batallones de ellos, guardianes de nuestra casa. Eucaliptos perfumaban e impregnaban la inacabable travesía.

Otra vez: los grabados, los jeroglíficos de lenguas extrañas. Había perdido mis alas azules. Navegaba a la deriva. Mi cuerpo se había convertido en una salamandra insectívora, escapada del «Manual de Zoología fantástica», de Jorge Luis Borges.

No tuve otra alternativa. Llegué hasta una playa: el contacto con la arena me dio sosiego, un colchón de algas marinas ayudó para que pudiera recostarme, la confusión llegó al extremo cuando me di cuenta de que no era nadie.

Estuve en una dimensión que solamente yo puedo recordar. El sopor de un sueño eterno sigue invitándome a explorar el universo.

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española